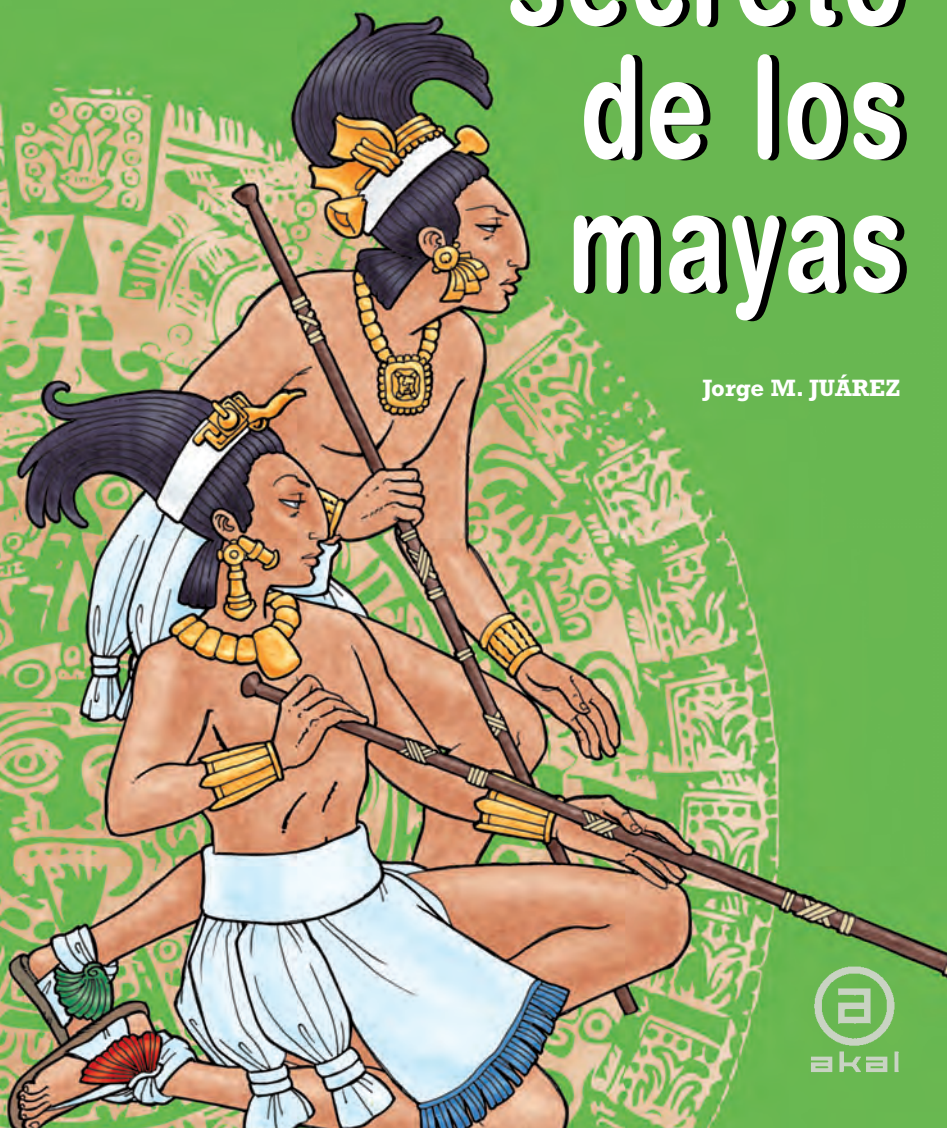


*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

El libro secreto de los mayas

Jorge M. JUÁREZ

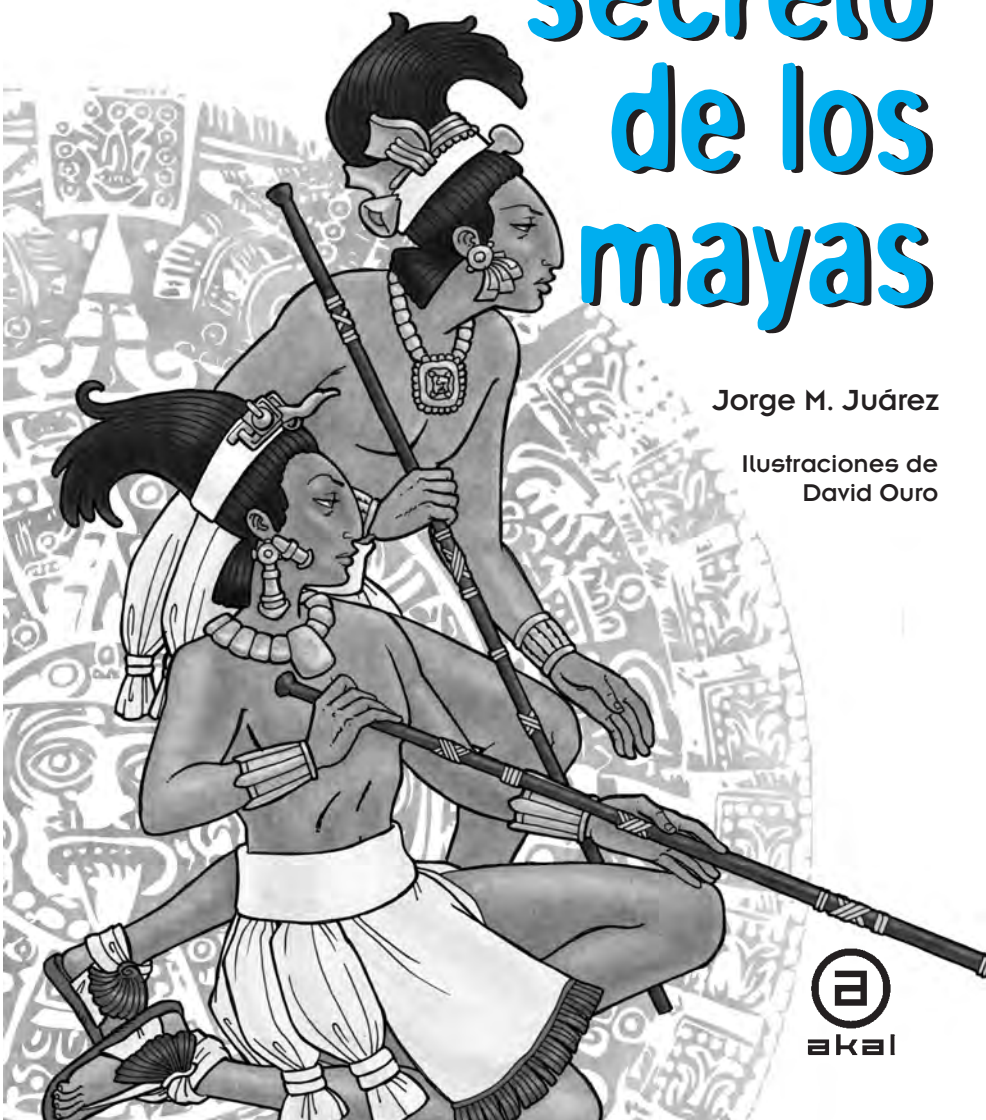


*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

El libro secreto de los mayas

Jorge M. Juárez

Ilustraciones de
David Ouro




akai

EN LA MISMA COLECCIÓN

Anne-Catherine VIVET-RÉMY

Agamenón y la guerra
de Troya

Los viajes de Ulises
Los trabajos de Hércules
Edipo

Rómulo y Remo
Lanzarote y los caballeros
de la Tabla Redonda
Teseo y el Minotauro
De Apolo a Zeus

Béatrice BOTTET

Isis y Osiris

Bruno DOUCEY

Moisés

Brigitte ÉVANO

Erik y Harald, guerreros
vikings

Florence LANGEVIN

Sherezade y las Mil
y Una Noches

Anne-Marie ZARKA

Julio César y la guerra de
las Galias

Magali WIÉNER

Jasón y el vellocino de oro

VALPIERRE

El cantar de Roldán

Josefina CAREAGA RIBELLES

Boabdil y el final del reino
de Granada

Jesús MAIRE BOBES

Tirant lo Blanc

Jorge M. JUÁREZ

El Inca de Cuzco

Jorge M. JUÁREZ

Drácula, el vampiro
de Transilvania

Josefina CAREAGA RIBELLES

El Cid

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Jorge M. Juárez, 2011

© de las ilustraciones, David Ouro, 2011

© Ediciones Akal, S. A., 2011

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 91 806 19 96

Fax: 91 804 40 28

www.akaleducacion.com

ISBN: 978-84-460-4918-0

Sumario

	<i>Páginas</i>
I.- La tormenta	5
II.- Quicré, el mago	15
III.- Los primeros gemelos	23
IV.- Ix y Hun	33
V.- Ikal, la serpiente de cascabel.	41
VI.- El final de la escalera interminable. . .	50
VII.- La trampa de Xibalbá.	59
VIII.- El mensajero invisible.	70
IX.- Las puertas de Xibalbá	80
X.- La casa del fuego.	90
XI.- El calendario gemelo	99
XII.- Los murciélagos envenenados.	107
XIII.- El hielo y las flores negras	116
XIV.- El juego final.	127
Soluciones a los juegos	137
Índice de nombres	140



Los *héroes clásicos* continúan apasionando a los jóvenes y a los adultos: sus aventuras, al mismo tiempo que dan a conocer las culturas antiguas o medievales, nos muestran de nuevo, de un modo simbólico, todas las situaciones típicas de la condición humana.

La colección *Para descubrir a los clásicos* permite descubrir a los jóvenes los grandes mitos que son el origen de nuestra cultura, y las epopeyas históricas de las grandes civilizaciones del pasado. Los libros presentan *textos originales* divididos en breves episodios ilustrados, fáciles de leer y completados con páginas de *juegos y documentación*.

Estas páginas permiten al joven lector:

- comprobar la *comprensión del texto* a partir de preguntas simples pero fundamentales sobre la acción, los personajes y el sentido de las palabras importantes;
- memorizar el *vocabulario* respondiendo a las charadas o resolviendo los crucigramas;
- hacerse con un *caudal de conocimientos culturales* gracias a la gran cantidad de informaciones relacionadas con la civilización, la cultura o el contexto histórico en el cual se inserta el relato.



La tormenta

—¡MATILDE! —gritó una voz desde la espesura del bosque tropical.

La joven Matilde Brown estaba en cucullas con su lupa, su cuaderno y sus lápices, examinando unas plantas de hojas gigantes. Tenía sus cabellos morenos recogidos en una coleta, pero el calor y la humedad hacían que muchos se hubiesen soltado y le cubrieran buena parte de la cara pegándose a las gafas. Le daba igual. Matilde anotaba y dibujaba todo lo que veía en aquella selva húmeda. Aún tenía 12 años, pero ya había decidido que cuando fuese mayor sería bióloga, o botánica, o cualquier cosa que le permitiese estudiar la naturaleza. Ya lo hacía en Madrid. Tenía cientos de dibujos de toda clase de árboles que encontraba cada fin de semana que sus padres la llevaban a ella y a su hermano Daniel al campo. Pero ahora que estaban en México, la emoción era mucho mayor. Había multitud de vegetales de complicadas ramas que se retorcían hasta perderse de vista. A su alrededor se levantaban árboles de los que colgaban enormes lianas como cuerdas que invitaban a subirse a ellos.

—¡Matilde! —la voz de su madre sonaba cada vez más cercana. La muchacha escuchaba varios pasos acercarse a través de la tierra y la hojarasca del bosque.

—¡Voy ahora mismo, mamá! —gritó la joven. Estaba dibujando una raíz extrañísima que se enroscaba en la tierra y casi había acabado. Llevaban solo tres días en la península

del Yucatán y Matilde ya tenía más de veinte bocetos. Iban a estar allí una semana más, pero Matilde sabía que no verían mucha vegetación más como aquella. Ese día habían hecho una excursión a la ciudad sagrada de Chichén Itzá. Visitaron una magnífica pirámide a la que llamaban Templo de Kukulkán. Su hermano Daniel y ella se quedaron con la boca abierta de admiración e hicieron muchas preguntas al guía mexicano que acompañaba a la familia. Exploraron su interior de uno en uno, porque dentro casi no se podía respirar. Sus padres, sin embargo, se habían limitado a disparar una decena de fotos y a quejarse del calor sofocante que hacía allí. Matilde sabía que, una vez terminaran la excursión, se pasarían el resto del viaje en la playa, tirados encima de una tumbona y sin nada interesante que hacer. Por eso a Matilde no le gustaba la playa.

—¡Matilde! —exclamó ahora su padre, con un tono de irritación en la voz. Parecía que ambos se estaban impacientando. Por eso la joven terminó su dibujo lo más rápido que pudo y se puso en pie. Guardó su cuaderno y su lupa en la mochila y miró hacia el sitio del que venían las voces. Allí vio a su padre, con un traje blanco y un sombrero de paja que había comprado en el aeropuerto justo después de aterrizar. Tenía un aspecto gracioso. Tras él venían su madre, que consumía un cigarrillo tras otro, y el guía, que era un hombre muy simpático de unos cincuenta años, bajito y algo regordete. Parecía que le costaba un poco avanzar a través del bosque porque iba resoplando cada vez más fuerte.

—¿Qué estabas haciendo, hija? —dijo su padre, reprendiéndola—. Aún tenemos que ver tres cosas más antes de volver a Cancún. Y si no nos damos prisa, no llegaremos a tiempo para la cena en el hotel.

Matilde abrió su mochila y sacó su cuaderno. Lo abrió y enseñó a su padre las páginas en las que había dibujado



«Contempló tantas plantas en aquel frondoso bosque que llamaban su atención que pensó que ni en tres años podría dibujar la mitad de ellas».

minuciosamente toda aquella exuberante vegetación. Había árboles con cientos de ramas, grandes helechos y hermosas orquídeas. La joven sonreía orgullosa mientras su padre pasaba las hojas llenas de esbozos y colores. Por fin, llegó al final, lo cerró y se lo devolvió.

—Son muy bonitos, hija —dijo—, pero mira, te enseñaré una cosa.

Sacó una cámara de fotos digital de un bolsillo de su traje blanco, enfocó una rama caída e hizo clic. Apretó un botón y enseñó a su hija la imagen que acababa de conseguir.

—¿Has visto? —preguntó—. ¿Cuánto tardarías tú en dibujar esta rama? Esta cámara ha tardado un segundo en dibujarla perfecta. Luego te enseñaré a utilizarla.

Matilde torció el gesto. No le había hecho ninguna gracia. Por supuesto que la cámara era más precisa que sus lápices. Sin embargo, ella podía fijarse en cosas que aquel cacharro no podía y también resaltar lo que más le llamase la atención. Permaneció un rato observándolo y decidió que no le iba a enseñar más dibujos.

—¡Matilde! —dijo su madre sorprendida—. ¿Dónde está tu hermano?

La joven miró a ambos lados con los ojos muy abiertos.

—Estaba aquí hace un momento —dijo.

—¿Cómo que hace un momento? Te dije que cuidases de él —advirtió su madre mientras pisoteaba el cigarrillo que acababa de tirar al suelo.

Matilde frunció el ceño. Daniel era su hermano gemelo, pero para el resto del mundo parecía varios años menor. Siempre tenía que responder por él. Su hermano hacía cualquier travesura y las culpas les caían a los dos. Sin embargo, si Matilde hacía algo que no era correcto... bueno, la verdad es que era muy raro que Matilde hiciera algo mal. Al menos, a propósito.

—Iré a buscarlo —dijo la muchacha, resignada.

Su madre se sentó en una piedra plana y limpia y encendió otro cigarrillo.

—Date prisa, hija —dijo el señor Brown—, no tenemos tiempo y el cielo se está nublando un poco.

—Yo la acompañaré —dijo el guía.

—De acuerdo. Usted vaya hacia el este y yo iré hacia el oeste. Si ve a Daniel, grite para que yo deje de buscar.

El guía asintió y comenzó su camino. Matilde Brown se fue adentrando en la espesura de la selva en busca de su travieso hermano. El calor era sofocante y el canto de cientos de pájaros a su alrededor le confundían un poco. De vez en cuando volvía la vista para comprobar que sus padres seguían en el lugar en que les había dejado. Lo último que quería era perderse ella también. Mientras caminaba, observó unas huellas en la tierra. Parecían pisadas de zapatillas deportivas como las que llevaba Daniel, así que decidió seguirlas. Eran muy débiles, pero si se fijaba bien podía avanzar tras ellas. Así continuó un buen rato, con la mirada fija en el suelo. De pronto, las huellas desaparecieron y Matilde se quedó pensativa.

—No hagas ruido —dijo una voz susurrante.

—¡Daniel! —se alegró Matilde al ver a su hermano. Estaba agachado junto a un tronco, completamente inmóvil y ni siquiera la miró.

—Mira, ven —continuó Daniel haciendo un gesto con la mano—, he estado siguiéndola un buen rato, pero aquí está. Ya es mía.

Daniel sujetaba una pequeña red con las dos manos y Matilde se acercó para ver qué era aquello que su hermano pretendía cazar. Cuando estuvo junto a él vio en el tronco una enorme araña del tamaño de un puño cubierta de pelo oscuro.

—Ven, bichito de ocho patas —susurraba el chico al arácnido—. Solo quiero que seamos amigos.

—¿Pero qué es eso? —dijo Matilde echándose hacia atrás. Se asustó tanto que no vio una raíz atravesada en la tierra y tropezó. Cayó al suelo y el ruido espantó a la araña, que subió árbol arriba y se ocultó en sus ramas.

—La has asustado —se quejó Daniel.

—¿Qué querías hacer con ella?

—Nada, solo quería que fuese mi mascota mientras estamos en México. Después la iba a soltar —dijo Daniel rascándose el pelo rubio de punta. Se acercó a su hermana y la ayudó a levantarse.

—¿Cómo te sentirías tú si alguien viniera a tu casa y te secuestrase como mascota? —preguntó Matilde enfadada.

—Pensaba que íbamos a venir a México a vivir aventuras —dijo el muchacho.

—¿Aventuras? —se quejó su hermana—. ¿Qué tipo de aventura es coger una araña y hacerla prisionera?

Daniel se encogió de hombros y no supo qué decir. Después miró hacia la copa del árbol con la esperanza de ver a la araña de nuevo. No lo consiguió, pero sí observó que unos enormes nubarrones negros se acercaban a toda prisa.

—Parece que va se acerca una tormenta —advirtió.

—Sí. Venga, vámonos. Papá y mamá están esperando y tienen mucha prisa —dijo Matilde.

—¿Y cómo vamos a encontrarlos? —preguntó Daniel.

Matilde había estado tan concentrada en seguir las huellas de su hermano que no había vuelto a mirar hacia atrás y ahora no sabía dónde estaban sus padres.

—Pues muy fácil —dijo—. Igual que te he encontrado a ti. Siguiendo las pisadas en la tierra.

Daniel asintió. Su hermana tenía respuestas para todo.

De pronto, sucedió algo extraño. Un viento cálido comenzó a agitar las hojas de todos los árboles, emitiendo un ruido inquietante. Los pájaros empezaron a cantar más

fuerte. Más que cantar, parecía que gimieran. Como si tuvieran miedo a algo. Los nubarrones que había visto Daniel estaban ahora justo encima de ellos, tapando la luz del Sol. Todo se oscureció. El viento era cada vez más fuerte y los dos hermanos se pusieron en marcha. A medida que avanzaban, dejaban de escuchar a los pájaros. Parecía que todos hubieran huido. Solo se escuchaba el sonido de las hojas y las ramas chocando. Cayeron las primeras gotas y Matilde se cubrió la cabeza con su mochila.

De pronto, un trueno estalló y la lluvia se volvió muy intensa. El viento les soplaba en contra cada vez con más fuerza. Les estaba cayendo una tromba de agua que les dificultaba avanzar. Matilde se detuvo y miró a su hermano a través de las miles de gotas que le caían en el rostro.

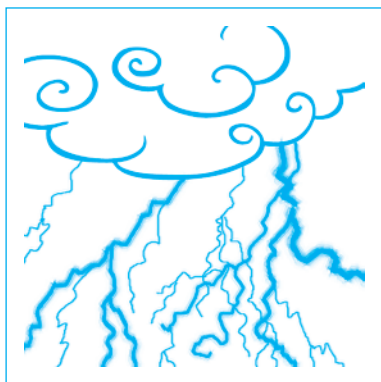
—¡La lluvia! —levantó la voz para que Daniel pudiera oír-la—. ¡Ha borrado las huellas!

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? —preguntó su hermano mientras se cubría la cara con las manos. La lluvia caía tan fuerte que hacía daño en la piel.

Cuando Matilde iba a contestar escucharon una explosión seca. Un rayo cayó en un árbol cercano y lo partió por la mitad. Al caer al suelo, el viento se llevó sus ramas a toda velocidad. Fue chocando con otros troncos hasta que lo perdieron de vista. El vendaval era tan fuerte que los dos hermanos no podían casi caminar. Además, no sabían hacia dónde dirigirse. Con aquella lluvia tan espesa no veían nada. Se cogieron de las manos. Una nueva racha de fuerte viento los tiró al suelo y amenazó con llevárselos rodando. Daniel se agarró a una raíz que sobresalía del suelo y sujetó a su hermana con la mano que le quedaba libre. Una rama se partió y cayó a un metro de ellos. Después, el viento se la llevó lejos.

—¡Matilde! —gritó Daniel mientras se agarraba a la raíz con todas sus fuerzas—. ¿Qué vamos a hacer?

El ruido del agua, el viento y los árboles agitándose eran tan fuertes que apenas podían entenderse. Los dos estaban en tensión para no soltarse y ser arrastrados por el temporal. Matilde pensó en algo que hacer para escapar, pero a medida que la lluvia golpeaba con mayor violencia se dio cuenta de que todo lo que les estaba sucediendo ya lo habían estudiado en clase de Geografía. Estaban en medio de un huracán tropical.



Juegos

— I —

La tormenta

1 Prueba de lectura

¿Eres un lector atento? Señala la respuesta que te parezca correcta.

A. ¿Por qué dibuja Matilde las plantas que le rodean?

- a Porque tiene que hacer un trabajo para su clase.
- b Porque se aburre de estar tanto tiempo sin hacer nada.
- c Porque de mayor quiere dedicarse a estudiar la naturaleza.

B. ¿A qué se agarra Daniel para que el viento no se los lleve?

- a A una raíz.
- b A una rama.
- c A una roca.

C. ¿Para qué quiere Daniel capturar a la araña?

- a Para poder verla de cerca.
- b Para lanzarla lejos, ya que le dan miedo las arañas.
- c Para que sea su mascota.



Documentación



La ciudad de Chichén Itzá



La ciudad de Chichén Itzá es un lugar sagrado de la civilización maya. Está situada en la península de Yucatán, en el sur de México, muy cerca de la actual frontera con Guatemala. En ella, los arquitectos mayas llevaron a cabo una de las últimas manifestaciones de esplendor de esta civilización. Se cree que fue comenzada en el siglo VI d.C. Incluye un buen número de edificios, muchos de los cuales se conservan en un sorprendente buen estado. En la actualidad es un parque arqueológico en el que se sigue excavando para conocer más acerca de esta milenaria cultura. Es también muy popular entre los turistas que acuden a las playas de esta costa mexicana, conocida como la Riviera maya. La ciudad fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en el año 1988.

De todos los edificios de Chichén Itzá, llama la atención el conocido como Templo de Kukulcán. Se trata de una pirámide escalonada de cuatro lados con un templo en la cima. En total tiene 91 escalones en cada cara, a los que hay que añadir un último que sube al templo, sumando 365, uno por cada día del año. En su cara norte tiene dos esculturas de serpientes, símbolo del dios Kukulcán. En esta construcción de 24 metros de altura y 55 de base se demuestran algunos de los conocimientos astronómicos de los mayas. Está orientada de manera que durante el equinoccio de primavera produce una sombra parecida a la de una serpiente deslizándose. Este fenómeno simboliza el descenso de Kukulcán a la Tierra, que se producía, según la creencia maya, una vez al año.

